

LIBROS

RAMON LOPEZ VELARDE, POLITICO DE CAMPANARIO

Por Emmanuel CARBALLO

CON la publicación de *Prosa política*,¹ última faceta desconocida de López Velarde, Elena Molina Ortega ha terminado su tarea de compiladora más activa de la obra dispersa del poeta. (Anteriormente había publicado *El don de febrero y otras prosas y Poesías, cartas y documentos*.)

Mas su trabajo en ésta como en anteriores ocasiones es deficiente. Le falta al libro un índice de autores y de materias. Le falta, asimismo, un panorama de nuestra política, por lo menos de 1909 a 1912, años entre los cuales están fechadas las colaboraciones de López Velarde. "Para hacer crítica de estas prosas [dice la recopiladora en el prólogo] sería necesario conocer a fondo la situación política de aquella época, cosa un tanto difícil por no existir archivos o libros de esa índole que pudiesen consultarse." La falta de utensilios de trabajo no disculpa; antes bien, releva, excluye.

Una tarea anterior e imprescindible, en la que se apoya la crítica, son los datos. Los pocos que aporta Molina Ortega se deben a Eduardo J. Correa, director de *El Regional* de Guadalajara y *La Nación* de México, periódicos de donde están transcritas las prosas. El testimonio de Correa es útil, pero parcial. Tanto él como López Velarde militaban en el Partido Católico. Y más que una ratificación, lo que se necesitaba en el prólogo era un punto de comparación: las ideas de los liberales sobre las personalidades y acontecimientos a que se refiere López Velarde. Sólo así el lector no familiarizado con la política se podría dar cuenta de las armas lícitas o ilícitas que como periodista usaba el zacatecano. Pasemos del prólogo inepto a los artículos.

Varios críticos, por escasez de datos o por demagogia, atribuyeron a López Velarde postura revolucionaria. Este, como se verá, no era porfirista, como tampoco era revolucionario. Era, simplemente, en política, un conservador. Sintetizaré sus ideas sobre caudillos, gobernantes, funcionarios y sucesos que por su falta de trascendencia pertenecen a la que él llama "política de campanario".

En carta que dirigió a Correa, fechada en San Luis Potosí en 1909, le pedía que insertara en *El Regional* esta noticia: "Varios estudiantes de Derecho se han organizado para intervenir en su esfera de acción en el problema político del país. Trabajarán, entre otras cosas, por la no reelección de los actuales Presidente y Vicepresidente de la República, y en juntas habidas últimamente se ha acordado hacer propaganda a la idea antirreeleccionista por medio de la imprenta y de conferencias de viva voz al pueblo. No es exacto, como han asegurado varios periódicos, que los estudiantes de San Luis Potosí se han declarado reyes, pues todavía no discuten candidatos" (pp. 329 y 330.)

"Yo sí soy de abolengo maderista, de auténtica filiación maderista [le dice en 1911 a Correa en una carta] y recibí el bautizo de mi vida política en marzo de 1910, del mismo hombre que acaba de libertar a México. Le diré con confianza, amigo Correa, que una de las satisfacciones más hondas de mi vida ha sido estrechar la mano y cultivar la amistad de Madero, y uno de mis más altivos orgullos haber militado como el último soldado del hombre que hoy rige el país... Me dice usted en su carta que le parece que la Revolución sólo ha servido para cambiar de amor. Medite tranquilamente cómo vivíamos antes, y se convencerá de que está preocupado, muy preocupado. No estaremos viviendo en una república de ángeles, pero estamos viviendo como hombres. Y ésta es la deuda que nunca le pagaremos a Madero" (p. 324.)

"El fracaso definitivo del maderismo [escribía en septiembre de 1912 a la misma persona], si llega a darse, no justificará ni en poco ni en mucho a don Porfirio, así como éste tampoco resultaría deprimido con el triunfo moral del maderismo" (p. 172.)

Pascual Orozco "se descubrió ante el retrato del general Díaz y declaró que éste nos hacía mucha falta y que los mexicanos fuimos muy ingratos con él... Es decir, don Pascual ha renegado de su obra, cayendo en el error vulgar de justificar al anciano Dictador sólo por las calamidades que azotan al país desde el triunfo del maderismo... Este criterio injusto e ilógico, profesado por muchos y fomentado por los porfiristas recaltrantes, es verdaderamente lamentable en boca del bravo ranchero... Suframos, pero no nos retrogrademos" (pp. 114 y 115.)

"No sé dónde pararemos [escribía a Correa en 1913] si no viene un tratado de paz. Indudablemente que lo más práctico sería que el curso de la Revolución no se detuviese, como en 1910. Así se tendría la posibilidad de despojar a la burguesía de toda su fuerza política y de su preponderancia social, y quizá hasta de efectuar científicamente una poda de reaccionarios, en especial de los contumaces" (p. 322.)

López Velarde, con más intensidad en cartas que en artículos, se declara maderista, repudiando el régimen tutelar de Díaz. Madero para él representa la "hombria", en contraposición a "los políticos sin sexo [la mayor ofensa en el lenguaje lópezvelardeano] de la ciudad de México, en la que están domiciliados tantos misérrimos individuos". Su viva simpatía por el político coahuilense le hizo ver el triunfo de Pino Suárez como producto de un sufragio mayor al que obtuvieron sus contrincantes; no como una imposición. Juicio al que se opone Correa en una breve nota que antecede al artículo *El triunfo del licenciado Pino*.

Sus ideas respecto al porfirismo son irreprochables por certeras.

1 RAMÓN LÓPEZ VELARDE, *Prosa política*. Prólogo y recopilación de Elena Molina Ortega. Serie Letras, N° 10. Imprenta Universitaria. México, 1953.

Ve más allá de donde los ojos ingenuos se ciegan. La paz, la prosperidad, virtudes en sí, no compensan al hombre la pérdida de sus derechos cívicos. Las calamidades que acarrea la democracia recién instaurada son preferibles a la tranquilidad de piedra de la tiranía.

El 19 de noviembre de 1913, desde San Luis Potosí, dirige a Correa, en una misiva, opiniones contrarias a las que expresó como periodista. El despojo a la burguesía de sus poderes político y social, la poda científica de reaccionarios contumaces, plantean un delicado problema: el de la sinceridad de López Velarde como periodista. Ateniéndonos a sus artículos él mismo resulta reaccionario contumaz. Basándonos en el íntimo testimonio de la carta, sus colaboraciones políticas, descontando la hipérbole propia del periodista militante, no representan en esencia las ideas del autor. La segunda hipótesis es la menos desdeñable: así en vez de firmar los artículos con su nombre, lo hizo siempre con pseudónimo. Y éste, cuando no es cobardía, delata intrascendencia. Los artículos, además, no merecen por razones estéticas, que no éticas, la paternidad de la firma. Artículos "naturales", desconocidos por su progenitor, no tienen por qué ser legalizados. En vez de acrecentar el prestigio de su autor, lo merman. A López Velarde le sucedió lo que él describe en *La provincia mental* que les sucede a "los pensadores de los pueblos, que para exhibir tendencias progresistas o conservadoras, se ponen la ropa usada de un publicismo bajo tierra". Mas él deploraba este anacronismo: "antes me alegro de que los iracundos y pueriles sectarios lleven trazas de poder ofrecernos siempre un sabroso sainete de ideas".

El periodismo era aun en tiempos de Madero "sainete de ideas" entre dos personajes principales: la tradición feudal momificada y la extemporánea ñoñez jacobina, o sea, el "candor" y la "petulancia". López Velarde, poeta de "íntima tristeza reaccionaria", de "corazón retrógrado", fué de los primeros. Igualó el timbre de su voz a la del Partido Católico mediante el uso de una retórica atrasada, en la cual esplenden, esporádicos, destellos de su prosa creativa, como éstos: "la sonrisa helada del escepticismo"; "los plebevos tostonos"; "pluma desmañada y rural"; "el tablero del valle" de México; "es de sentirse que Zapata y congéneres impidan los viajes de las personas de buen corazón que anhelan instruirse pasando revista a la esfera terrestre"; "la democracia del sudor"; "la tizona emmohecida de las Leyes de Reforma"; "¿qué papel hará un zarraguista [partidario de doña Belén de Zárraga, conferenciante de ideas liberales] de director de un Instituto? El mismo que haría una foca disertando sobre la primavera de los trópicos".

Veamos sus opiniones sobre el liberalismo. Refiriéndose a los periódicos, habla de "los impúdicos órganos liberales". Comentando la administración del doctor Rafael Cepeda, Gobernador de San Luis Potosí, dice: "los pedistas han hecho del vocablo *liberal*, para proteger a su amo, un escudo enorme como el de Ajax... Liberal es sinónimo de imbecable" (p. 90.) En el artículo *Nuestro himno y nuestra bandera*, refuta un remitido en el cual se acusa a los católicos de profanar tanto la bandera como el himno racional, exhibiéndola y cantándolo, respectivamente, en sus festividades guadalupanas: "lo único sagrado que les queda a los liberales [ellos lo dicen] es nuestra insignia nacional. Pero nosotros decimos que ni eso les queda de sagrado, pues ni el que ideó esa insignia fué de ellos, ni es de ellos lo que la insignia representa. Cuando la insignia nacional sea negra y esté manchada de lodo y sangre, entonces sí será de los liberales y no se la disputaremos; pero no mientras ondee tricolor y flamante, como la imaginó Iturbide y como la aceptó y consagró el entusiasmo religioso de un pueblo libre... Entre todas las cosas sagradas, que son nuestras, exclusivamente nuestras, y son muchas, y las conservamos, se halla la bandera de Iguala, la de las Tres Garantías, contra la que se irrita el rabioso y antipatriótico liberalismo... ¡Atrás ese blasfemo ante el liberal Juárez que respetó a la Virgen Morena; atrás ante el liberal Altamirano, que la cantó como la única esperanza de la Patria!" (pp. 245 y 246.) Posteriormente, en el artículo *Al rojo vivo*, hace distinciones cualitativas entre los que profesan esa ideología: "nosotros sabemos distinguir a los liberales de mérito intelectual de los liberales instruidos con los novelones de Juan A. Mateos y con los mamarrachos de Antonio Plaza" (p. 250.) Valorado de acuerdo con esta clasificación, Urueta —"cuyas galas literarias se destiñen como flores de trano con un aguacero"— pertenece a la segunda clase, ya que sus vulgaridades están amasadas con Eugenio Sué y Antonio Plaza (p. 82). Al escucharlo se acuerda de "la célebre expresión de Núñez de Arce: ¡Ni un hombre ni una idea!" (p. 83.)

En *El minuterero*, López Velarde le confiere a Urueta —en la prosa del mismo nombre— méritos opuestos a los que le atribuye en *Prosa política*. El Urueta de *El minuterero* es un honrado y generoso, "uno de los más persuasivos ejemplos de generosidad en que pueden inspirarse las sociedades de América", "el centinela alerta del pensamiento y de la acción". "En todas las actividades de su palabra le ha caracterizado como primera y última virtud su sensibilidad, una sensibilidad justa y metódica que lo vuelve, sin alegoría, el tic nervioso de nuestra literatura". "Ocupará siempre un lugar de honor en la galería nacional de espíritus plásticos". Como orador "su prestancia y su mímica se prolongan a la tertulia y al refectorio privado en olas de zumbona sentimentalidad, evidenciando su ser en una esfera lumínica jaspeada de sarcasmo". Esta diferencia al enjuiciar a Urueta induce a pensar en lo precipitado

e insincero que eran las apreciaciones del poeta zacatecano como articulista político.

Tal vez de toda la colección de prosas sea *Coincidencias, ¿no?*, la que más sorprenda. En ella encontramos al López Velarde más taimado y de mayor mala fe. Relata aquí los temblores que sufrió Guadalupe en 1912, atribuyéndolos a la conducta observada por los liberales.

"Estos nuevos terremotos nos hacen recordar algunos hechos que parecen dignos de meditación. Ya sabemos que la sonrisa de Voltaire se dibujará en muchos labios... Fanatismo, dirán los exaltados... Coincidencias, exclamarán los despreocupados. Califiquenlos como quieran, que no por ello perderán su calidad de hechos... El 5 y el 6 de mayo, respectivamente, se dijeron blasfemias horribles en una fiesta taurina y se repartieron y fijaron en los portales unas estampas indecentes, asquerosas: el día 8, temblores... Habían cesado ya éstos, cuando en la noche del 18 de julio, so pretexto de honrar a Juárez, algunos oradores blasfemaron hasta hartarse: al comenzar el 19, pocas horas después de las blasfemias, un movimiento telúrico de los más fuertes... El 30 de noviembre don Luis Alatorre emprende la gloriosa cruzada de perseguir monjas, haciendo que cateen colegios y casas sospechosas: el día 2 del mes siguiente, a temblar de nuevo... Apúntense esas coincidencias, que el registro está abierto" (p. 247.)

El mismo López Velarde, en *La provincia mental (El don de febrero y otras prosas)*, pp. 188 a 191, se burla de esta arraigada manía de levitas y seglares. "En el púlpito de la parroquia [dice], un clérigo, de los que sitiaron a Alejandría en las cruzadas, se aventurará a afirmar que la escasez de lluvias es un castigo de lo alto por la maldad de los incrédulos y protestantes. (Alusión al vendedor de fideos y tallarines, que tapiza sus muros con carteles en que hay versículos del Génesis.) Entre este clérigo medieval y el López Velarde de las coincidencias existe una identidad perfecta.

Veamos ahora sus opiniones sobre algunos hombres de la Revolución. "Su tipo selvático [de Zapata] y sus hazañas delictuosas se destacan, como un borron sangriento, sobre la caricatura permanente de nuestros miserables sainetes políticos" (p. 110.) "El populacho, incapaz de discurrir sobre temas especulativos, simpatiza con Zapata porque éste representa el pillaje para saciar el hambre" (p. 111.) En *Musa casera*, hablando de la "chifladura de la poesía" con que amaneció cierta mañana don Antonio B. y Castro, y refiriéndose al "criminal propósito de versificar" de éste, le pide: "¡Ay, don Antonio, no versifiques! Preferimos a Zapata pulsando la lira" (p. 188.) Físicamente no distingue si es "hombre" o "fiera"; si tiene "manos" o "garras." Ve sus manifiestos hinchados de "barbarie comunista y gramatical".

Compara por su actuación insurrecta a Emiliano Zapata con Pascual Orozco. El primero ha tenido mejor suerte, más lúcida actuación revolucionaria el segundo. Sin embargo, condena a éste al través de sus partidarios: "Si un movimiento insurreccional [el orozquismo] pierde su faz política para tomar el gesto de los que cuelgan extranjeros, ese movimiento descende al fondo sombrío de la delincuencia común" (p. 124.)

La mayor parte de los artículos aquí reunidos tienen por finalidad zaherir ya como funcionarios, ya como hombres, a algunos mandatos estatales, principalmente al doctor Rafael Cepeda de San Luis Potosí y a Alberto Fuentes D., de Aguascalientes. Reciben ataques si bien más esparcidos, aunque de igual incisión, Carlos Trejo Lerdo de Tejada, Procurador de Justicia, "sobrino nieto de su tío abuelo"; Fernando Calderón Iglesias, Presidente del Partido Liberal, como el anterior heredero del talento de su antecesor ilustre; Alberto Robles Gil, Gobernador de Jalisco, jacobino mayor.

En pocas ocasiones, por fortuna, López Velarde llega a poner el verso al servicio de la causa a que sirve. La más afortunada de estas incursiones tiene como tema al Gobernador de Aguascalientes: "Don Alberto Fuentes D., / el que con arte gobierna / a Aguascalientes, / y ha amado, / como Alonso a Dulcinea, / la democracia plebeya, / se presentó muy orondo / de los yankees en la fiesta, / de reluciente levita / y de patricia chistera... / ¡él, que en tiempos de campaña, / tuvo por grito de guerra: / que muera el bombín, muchachos, / y que la levita muera!" (pp. 98 y 99.) En otro artículo —*Contra Carreño*— se burla de la falta de elucación de Fuentes. Este —exagera— ha prohibido que se estudie en las escuelas del estado al venerable Carreño. El libro que lo sustituya enseñará a la niñez "la más delicada cortesía", "los principios de la democracia más higiénica". La obra tendrá, entre

WALTER M. BEVERAGGI ALLENDE, *El servicio del capital extranjero y el control de cambios*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 238 pp.

El profesor Beveraggi ha percibido en su obra la importancia que las transacciones internacionales de la República Argentina tienen para la actividad económica interna y para el valor de la moneda. Al no encontrar, dentro del material teórico de los grandes tratadistas, nada que pudiera guiarlo en una adecuada interpretación de ese problema en Argentina, decidió emprender, por sí mismo, el análisis de los efectos que las inversiones extranjeras y los servicios financieros, producen sobre la balanza de pagos, el ingreso nacional y el valor de la moneda. Se ha valido el autor, para el desarrollo de su estudio, de los datos que la propia experiencia de Argentina, en las cuatro décadas que corren de 1900 a 1943, le

ha proporcionado. Su penetración le ha hecho advertir que si en las obras de los grandes economistas, que generalmente surgen dentro de los países más ricos e industrializados, no se ha dado atención a este problema, es porque a sus países "exportadores de capital" no les interesa la resolución de problemas característicos de los pueblos poco desarrollados que son, por otra parte "blanco apropiado para las inversiones extranjeras".

Después de acometer en los doce capítulos del libro todos los asuntos que se relacionan principalmente con estos problemas, cuyo examen tanto puede beneficiar a los pueblos de América, el autor termina señalando las dificultades con que se ha de tropezar si no se advierte que, los controles comerciales y cambiarios, pueden ser una solución momentánea para los países productores de materias primas que deseen confiar en las inversiones extranjeras para desarrollarse económicamente.

E. L.

otros, un capítulo sobre "La indumentaria republicana". En él se aconsejará a los "educandos, para cuando lleguen a gobernantes, que se abstengan del uso del chaleco y de los calcetines: del primero, porque es marcadamente aristocrático; y de los segundos, porque impiden la exudación, con la que se contravenen los intereses fisiológicos de la urbanidad porrita" (p. 94 y 95.)

López Velarde pinta la inseguridad del campo en *Los caminos*. "Ya ni quien piense en emprender un viaje... Y cosa rara: las célebres diligencias en que tantos episodios chuscos se desarrollaron en tiempos de la crinolina, corren tranquilamente, sin que un amante de lo ajeno salte sobre las mulas o meta la feroz cabeza por la ventanilla... Parece que el ferrocarril tiente más que las diligencias a los revoltosos de fisonomía natibularia... Es como si dijéramos, el progreso aplicado al bandolerismo" (n. 215.) Así el poeta aplica su talento, evadiéndose de su cometido político. Progresa. Escribe el irónico epitafio de las diligencias, tan caras a Payno y a López Portillo.

Transcribo, en seguida, las escasas referencias sobre literatura y literatos que se encuentran en los artículos, y más seriamente en las cartas.

En el artículo *A la muerte de Horacio*, comenta la defunción del horaciano doctor Uzeta como Director del Instituto Científico de San Luis Potosí. Murió el doctor Uzeta "sin declamar una oda, sin un sólo grito lírico. Ha muerto en el silencio de un discreto cirujano. Felicitaciones de los Pisonos" (p. 253.) En *El fracaso del Gobernador de San Luis Potosí*: "pero no lo logrará [rehabilitarse y rehabilitar el estado], así pasten los ciervos en el azul, como en el exámetro de Virgilio" (p. 264.)

Considera a Marcelino Dávalos —*El espiritismo en la poesía*— como escritor de "mañanitas" "con versos de sicalepsis barata"; como un "émulo de Vanegas Arroyo; como un cultivador de la poesía espiritista. "Pero resulta que los mediums aplicados a la poesía resultan desastrosos, porque no saben ni contar sílabas" (p. 238.) Si Dávalos hiciera uso de un medium "lo pondría en comunicación interplanetaria con el célebre don Celestino González".

En carta fechada en San Luis Potosí el 14 de mayo de 1909, López Velarde le informa a Correa que le envía para *El Regional* un artículo sobre Nervo, artículo que hasta ahora no ha sido recopilado. En el índice que formulé de ese diario —*Ariel*, segunda época, núm. 4, Guadalupe, octubre de 1951—, no aparece. Sabemos, asimismo, por la carta, cuáles eran sus lecturas por ese tiempo: Nervo, Martínez Sierra, Marquina, Répide y Alberto Valero Martín, poeta desconocido "que denuncia francas facultades". "Se me olvidaba decirle que le hice igualmente los honores a los *Mosqueteros de Dumas*".

El 17 de junio de 1909 en otra carta a Correa, dice: ya leí *Silenter y Vendimión*. La obra de González Martínez me afirmó la idea que de él tengo, que es un poeta completo. El poema de Marquina me parece muy desigual: lugares en que el arte es perfecto y lugares de una construcción postiza que no se soporta. La parte del cisne y la de Vendimión doméstico me subyugaron por su poesía suma. En resumen: la primera parte del libro me encantó; la otra me parece menos que mediana" (p. 329.) En 1917 Marquina le seguía pareciendo un buen poeta "cuyo único defecto, a mi ver, consiste en su propensión a la teoría, en su afán especulativo, del que se deducen frecuentes páginas baladías para la sensación" (*El don de febrero*, p. 299.) Como Martínez Sierra cree —en la misma prosa— que hay "cientos" en España en ese momento. González Martínez sigue siendo para él, en 1915, un poeta de tono cabal, "con una pluma parienta de Heredia y de Samain". No le entusiasma mayor cosa. Observa, acertadamente, que si el buho tiene una íntima trascendencia, el cisne es, también, de gracia trascendente.

Estas son, abreviadas, las ideas más importantes que para su dicha o desdicha asienta López Velarde. En estos días de curiosidad malsana, en que más se comenta la turbulencia de una vida que la excelencia de una obra, como sucedió recientemente en el centenario de Díaz Mirón, la *Prosa política* servirá de comidilla de escándalo para los revolucionarios y de mácula indeleble para el prestigio de su obra en el ánimo sectario de muchos que lo admiran. La rotonda de hombres ilustres se le escapa al poeta "de sus manos cual viento ligero y cual sueño fugaz". Pero su sol se nublará —como en el poema— "como se nubla el sol ficticio / en las decoraciones / de los Calvarios de los Viernes Santos". A las matracas sucederán las campanas; al nombre, la obra.

THOMAS MUN, *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior y Discurso acerca del comercio de Inglaterra con las Indias Orientales*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 211 pp.

Con una introducción de Jesús Silva Herzog y un estudio de E. A. Johnson surge al español, traducida por Samuel Vasconcelos, esta notable obra de Thomas Mun, escritor nacido en el siglo XVI, cuya obra constituyó en su tiempo una aportación fundamental para la literatura económica inglesa y, cuyo discurso acerca de las Indias Orientales, le diera reconocido prestigio.

"Los economistas contemporáneos, aun cuando sean simples artesanos de la ciencia —dice Silva Herzog—, saben bien lo que una balanza de pagos favorable o desfavorable significa para el enriquecimiento o la pobreza de un país"; ésta es la advertencia principal que

Thomas Mun quiere hacer en su libro: la balanza de nuestro comercio exterior es la norma de nuestra riqueza.

Al surgir los "mercantilistas", la teocracia de la Edad Media se vio alterada en sus principios normadores de la conducta comercial, pues ya empezaba a vislumbrarse el horizonte de beneficios que dejarían al hombre la dirección inteligente de la riqueza y el progreso industrial que, más tarde, contribuyeron tan directamente al desarrollo de la tecnología y, con ello, al crecimiento de los recursos científicos y los descubrimientos que permitieron sanear y darle amplitud al cerco de las actividades humanas.

Algunos países en nuestros días se encuentran más allá del sitio en que, semejante política industrial, pudo prestar al hombre utilidad efectiva y, muchos otros países, viven colocados aún en circunstancias menesterosas de impulsos industriales y de enriquecimiento; tal vez por eso, la obra de Mun invite en la actualidad no sólo a la reflexión